

Tres meses con la vida en un hilo



"¡Muchachos, tenemos comida! Vengan ayúdenme a sacar esta tortuga...".

MIGUEL SALGUERO

Capítulo octavo

A partir de aquella lúgubre escena no nos abandonaron los tiburones ni un momento. Enormes, hambrientos, ya sabían que dentro del bote iba comida; y nosotros, casi inconscientes, nos mantuvimos siempre pegados a las tablas, no fuera que de arriarnos a la borda, por el estado de debilidad cayéramos al mar. A veces, sí, hicimos el intento de ponernos de pie, pero ninguno lo consiguió. Yo sentí que se me venía el mundo encima cuando traté de pararme; luego continuamos en un sopor, en una especie de coma general.

A pesar de todo, no sentimos deseos de tirarnos al agua, de descansar. Goyito, muy decaído, no volvió a decir palabra; ni entre los costarricenses hablábamos nada. Pero vuelvo a afirmar que hubo no uno sino muchos milagros. ¿Cómo es posible que del día N° 22 en que echamos al agua el cadáver de Alfredo, al ocho de mayo, pudiéramos resistir sin tomar agua, sin comer un bocado? ¿O es que hay otra nebulosa en mi mente que no me permite recordar nada? Los compañeros tampoco pueden dar fe de que en ese lapso, o sea durante unos 15 días, consiguiéramos algo de comer. ¿Es posible que después de la primera etapa de hambres, sed inaguantable y pérdida de la piel, el cuerpo pueda mantenerse tanto tiempo sin ingerir ningún alimento?

¿Será acaso que ocurre una transformación; y que con unas gotas de agua de mar basta para sobrevivir, mientras no se haga ejercicio? Porque nosotros durante 16 días no hicimos ningún esfuerzo, pues ya dije que al mínimo intento de ponernos de pie todo nos daba vueltas; el mundo se hacía una masa que giraba a gran velocidad, y caíamos desplomados, vencidos totalmente. Entonces, me parece que puede ser posible sobrevivir sin más líquido que las gotas que bebíamos de agua salada, o con el fresco del rocío. Pero, ¿y la comida?

Y seguimos haciendo rayas en el papel. Cuando sacamos cuentas hablamos llegado al ocho de mayo, fecha en la que algo raro ocurrió. Al amanecer yo les recordé a los compañeros que ascendería al poder don Francisco Orlich; y que era muy posible que mandaran aviones de reconocimiento por las costas para prevenir cualquier intento posible de alterar el orden público por medio de algún desembarco, de los que siempre se habla al llegar una fecha como aquella.

De repente, como a las dos de la tarde, una nube comenzó a formarse precisamente encima de nosotros. "Mire, Beto, a lo mejor va a llover", le dije, entre estertores, a mi compañero. Beto entreabrió los ojos, miró el cielo, y apenas alcanzó a decirme: "Ojalá caiga un poquito de agua... tal vez pudiéramos pararnos si tomamos unos tragos...".

La verdad es que la esperanza de que nos encontraran aviones o lanchas eran ya remotísimas. "¿Quién va a venir tan lejos a buscarnos? Si acaso patrullan es a la orilla de las costas. ¡Y en mes seis días no hemos visto un solo avión! Andamos completamente alejados de las rutas de las compañías aéreas. Seguro debemos encontrarnos a la mitad del Pacífico, a miles de millas de las costas". Eso presentíamos, y esa era la realidad!

Nos mantenía con vida la fe en Dios y en la Virgen. "Nada más. No es posible que Ellos nos abandonen; y si nos mantienen con vida, si han hecho el milagro de que sobrevivamos tantos días sin comida ni agua, todavía pueden llevarnos a la salvación. ¿Cómo? Solo Dios lo sabe".

Recordé entonces que había leído que los naufragos pueden salvarse, siempre que no pasen de tres meses de estar en el agua. ¡Tres meses! Jamás resistiríamos tanto.

La formación de nubes se puso de color oscuro, casi negro. De pronto sopló un viento frío y ahí mismo, como un milagro cayó sobre nosotros una garúa. Dios mío, que delicioso sentíamos aquellas goticas sobre nuestros cuerpos prácticamente deshechos por el fuego del sol! Yo extendí un trapo, el primero que hallé a mano, y en cuanto estuvo empapado lo exprimí dentro de la boca. Repetí la operación varias veces. Lo mismo hicieron los compañeros Beto, Angel y Goyito. Caídos, sin fuerzas, de repente se enderezaron, y arrodajados ponían el rostro al agua y la chupaban como si aquello fuese un néctar destilado en el propio cielo. Y lo era, claro. Más valioso, más delicioso, que cualquier néctar conocido por el hombre. El trapo que usaba era uno con el que me había sujetado al pecho, que me dolía mucho.

Pasó la garúa, que duró como media hora, y entonces una fuerza interna, me animaba a sentirme bien. Claro está que no aguantaba los dolores en la espalda y los costados, pero aún así tuve suficiente fuerza para enderezarme. Lo mismo les pasó a los compañeros, a quienes vi con una leve sonrisa en los rostros. Una vez sentados, ellos me miraron como con cierta esperanza. "Carambas, si llueve otra vez y más fuerte a lo mejor podemos recoger un poco de agua. Hay que alistar el estañón". En ese momento yo era un cadáver completo; calculo que en vez de las 160 normales pesaría si acaso unas 60 o 70 libras. Sin embargo, el agua me restableció bastante como para ponerme de pie.

Los días anteriores mi fe, sinceramente, había flaqueado bastante. Si bien pensaba que Dios y la Virgen no nos abandonarían, la verdad es que lo más probable era morir lentamente, que cada cual se quedara muerto en donde estaba. Nuestros cuerpos parecían de leprosos; eso éramos, leprosos llenos de llagas por todas partes. Y lo único que acátábamos era tomar un trapo y pasarlo por sobre esas llagas, para refrescarlas, un rato. Pero luego el dolor era más intenso por los efectos de la sal.

El agua había hecho el milagro de revivirnos. Después de nuestra salvación averiguaríamos que el hombre dura sin comer, máximo, ocho días; y que la mujer aguanta un poco más, diez o doce días. Pero nadie puede resistir tanto tiempo en tan malas condiciones.

"Muchachos, tengo una gran alegría. Ahora, yo creo que si moriremos es porque la lancha se va a virar o cualquier otra cosa parecida, pero si le pedimos a Dios que llueva, que vuele sobre nosotros un temporal, seguro que podemos salir con vida. Porque ese poquito de agua me ha devuelto la energía; me siento como si estuviera sin ningún problema...".

Una hora después de que cayó el chaparrón oímos un ruido en el bote. "Tac, tac, tac". Un animalillo golpeaba la madera. Yo me asomé y vi una hermosa tortuga, de esas enormes que hay en el océano, que pegaba contra la lancha. "Muchachos, tenemos comida. Vengan ayúdenme a sacar esta tortuga". Todos nos paramos; y entre tres la agarramos de las aletas, y sacando fuerzas no sabemos de dónde, la echamos al bote. Un tortugón de los que salen a poner a las playas!

Inmediatamente amarramos a un palo el pedazo de cu-chillo y empezamos a destazarla; la sangre nos la tomamos por partes iguales. Luego tasajeamos el animalón y va para adentro, nos lo comimos en una sentada. Era tanta el hambre que no dejamos absolutamente nada. Pero esto es otra de las cosas raras, porque con tantos días sin comer, la carne nos cayó de lo más bien; no nos hizo el menor daño. En condiciones semejantes yo sé que hay que comer, resaca, poco a poco para que el estómago resista. Nosotros, resaca, poco a poco para que la carne, y no nos hizo ningún daño. Desde el primer bocado, nos

cayó tan bien que sentimos un alivio. Un gran alivio y recuperamos las fuerzas.

Esa noche volví a ver a mi hija. También vi a la otra, pero menos palpable que la mayor. Por primera vez en mucho tiempo dormimos profundamente, tan profundamente que me desperté hasta el día siguiente. En sueños oí que hablaban mis hijos; también mis amigos. Pero no vi las visiones de costumbre, como la del santo que aparecía en el cielo, ni otro espejismo como el del cerro en donde reventaban las olas.

La lanchita tenía una paneta en la proa, para lavar langosta y pescado. Por medio de esa especie de batea, con un tubo de salida, pensamos recoger agua en un estañón con capacidad para 25 latas. Además, contábamos con un balde de aluminio, de regular tamaño.

Al día siguiente nos levantamos apenas salió el sol, y ya con otras caras. Yo me sentía con fuerzas, con deseos de seguir la lucha por la vida. Se había producido el milagro de una recuperación en pocas horas. Entonces echamos de nuevo los anzuelos; y pescado que caía en nuestras manos, pescado que ingeríamos al momento. Así, comiendito durante el día, pronto nos sentimos casi completamente restablecidos. La piel, otra cosa que nos alentó, había caído por completo; y la muda, o el cambio, era resistente y ya no sentimos molestias por el fuerte sol. Mientras mantenía el anzuelo en el agua en espera del próximo pez, yo meditaba en la admirable resistencia del ser humano para soportar los más increíbles rigores de la naturaleza. Y me maravillaba el gran poder de Dios.

Continuará...